

La transfixión de María en el templo de Jerusalén (Lc 2,35) y en el Calvario (Jn 19,25-27)

L. Díez MERINO
Universidad de Barcelona

INTRODUCCIÓN

Durante mucho tiempo en la Teología católica se ha hablado de la corredención mariana, que se había centrado especialmente en la escena del Calvario (Jn 19,25-27); ahora más bien se suele hablar de «colaboración de María a la salvación» o «asociación de María a la obra del Redentor». El título de Corredentora se comenzó a emplear en el s. XV¹, y se constata en dos mss. de Salzburgo, y especialmente en un himno latino que dice: «Compadeciendo al Redentor... tú has llegado a ser corredentora». En cambio existe otro título más antiguo que es «Redentora» y aparece ya en el s. X; tal título permanece hasta ca. 1750², pero entendiéndolo como «Madre del Redentor».

El término Corredentora fue empleado por diversos Papas: León XIII³, Pío X⁴, Benedicto XV⁵, Pío XI⁶, Pío XII⁷. El título Corredentora y el término corredención toman el significado del título Redentor dado a Cristo y del término Redención aplicado a su obra como rescate del género humano. En este caso por Redención se significa el acto con el cual una persona o una cosa, que antes se poseía ha sido perdida, y viene posteriormente a ser rescatada, o vuelta a comprar mediante

1 Cf R. LAURENTIN, «Le titre de Coredemptrice. Étude historique», *Marianum* 13 (1951) 429.

2 R. LAURENTIN, «Le titre de Coredemptrice», *Marianum* 13 (1951) 439-449.

3 LEÓN XIII, «Jucunda semper», 1894, AAS 27 (1894-95) 178-179; «Aduitricem populi», 1895, AAS 28 (1895-96) 130-131.

4 Pío X. «Ad diem illum», 1904, AAS 36 (1903-1904) 453.

5 BENEDICTO XV, carta apostólica «Inter sodalicia», 1918, AAS 10 (1918) 181-182.

6 Pío XI, Mensaje radiofónico del 28 de abril, 1935, *Oss. Rom.* 28-29 abril, 1.

7 Pío XII, «Mystici Corporis Christi», 1943, AAS 35 (1943) 247; encíclica «Ad Caeli Reginam», 1954, AAS 46 (1954) 634-635; encíclica «Haurietis Aquas», 1956, AAS 38 (1956) 332.

un precio adecuado. Si se aplica a la obra de Cristo para rescatar al género humano, la Redención significa el precio adecuado que Cristo pagó, como Hijo de Dios y cabeza de los hombres, y especialmente en su supremo sacrificio de la cruz en favor de los hombres. Con este precio rescata a los hombres, que pecando habían perdido la gracia en la que fueron creados, e.d. que habían perdido la amistad con Dios y la filiación divina adoptiva que habían recibido. En esta explicación teológica el elemento formal de la redención consiste en el pago del precio del rescate, y este no es otro que la pasión y muerte de Cristo, que son de valor infinito, y por tanto eficaces para redimir al hombre del pecado. Siguiendo ese concepto cristológico los teólogos atribuyeron a María el título de Corredentora, para significar la cooperación de María, con sus méritos y satisfacciones, especialmente en el Calvario, al precio de la redención. Los teólogos católicos han mantenido que la cooperación de María a la Redención se puede considerar como una verdadera cooperación formal desde diversos ángulos: a) porque consintió libremente a la Encarnación redentora; b) porque engendró y nutrió al sacerdote y víctima del sacrificio redentor; c) porque durante su vida unió su fe, obediencia y caridad a su Hijo; d) porque unió particularmente sus dolores al pie de la cruz a los de su Hijo, anhelando su unión con su Hijo para la redención de los hombres. El problema surge cuando hay que definir cómo debe determinarse la cooperación de María a la redención, ¿es próxima e inmediata? o solamente ¿es mediata o remota? Aquí los teólogos se dividen en tres opiniones: a) cooperación inmediata; b) cooperación mediata; c) cooperación inmediata pasiva

En el Conc. Vat. II se rehusó expresamente el empleo del título de Corredentora aplicado a la Virgen María. La actitud de dicho Conc. frente a la corredención mariana se manifiesta en tres detalles:

1) El Conc. Vat. II evita el empleo del vocablo corredención, y recurre a los paralelos patristicos de Eva-María y de Nueva-Eva; el título corredención se evita porque parece como si fuese que María estaba en paralelo con Cristo redentor. El término corredentora había sido admitido por los Papas en sus documentos y por los teólogos en sus tratados, pero los últimos Pontífices ya no lo han empleado.

2) Ofrece otras muchas fórmulas: a) Colaboró a la obra del Salvador: «Colaboró de manera totalmente singular a la obra del Salvador por su fe, esperanza y ardiente amor, para restablecer la vida sobrenatural de los hombres. Por esta razón es nuestra Madre en el orden de la gracia»⁸. b) Consentimiento desde la Anunciación hasta la cruz: «Esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el consentimiento que dio fielmente en la Anunciación, y que mantuvo sin vacilar al pie de la cruz, hasta la realización plena y definitiva de todos los escogidos. En efecto, con su ascensión a los cielos⁹, no abandonó su misión salva-

⁸ «Lumen Gentium» 61; cf también *Catecismo de la Iglesia Católica*, Madrid (Asociación de Editores del Catecismo) 1992, (= CIC) n1 968.

⁹ Extraña que en el Conc. Vat. II en las diversas veces que se habla de la Ascensión no se diga «en cuerpo y alma a los cielos» (cf «Lumen Gentium» 59 y 62), como es la fórmula completa en Pío

dora, sino que continúa procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación»¹⁰. c) Madre de Dios y del Redentor: «Se la reconoce y se la venera como verdadera Madre de Dios y del Redentor... más aún, 'es verdaderamente la madre de los miembros (de Cristo) porque colaboró con su amor a que nacieran en la Iglesia los creyentes, miembros de aquella cabeza»¹¹. d) La unión de María con Jesús se da desde la concepción virginal hasta la muerte: «Esta unión de la Madre con el Hijo en la obra de la salvación se manifiesta desde el momento de la concepción virginal de Cristo hasta su muerte»¹². e) En toda la peregrinación de la fe hasta la cruz mantuvo su unión con su Hijo: «La Bienaventurada Virgen avanzó en la peregrinación de la fe y mantuvo fielmente la unión con su Hijo hasta la cruz. Allí, por voluntad de Dios, estuvo de pie, sufrió intensamente con su Hijo y se unió a su sacrificio con corazón de madre que, llena de amor, daba su consentimiento a la inmolación de su Hijo como víctima. Finalmente, Jesucristo, agonizando en la cruz, la dio como madre al discípulo con estas palabras: 'Mujer, ahí tienes a tu hijo' (Jn 19,26-27)»¹³. Aunque el Conc. Vat. II evitó el término corredentora, sin embargo ofreció una perspectiva nueva desde la cual se expone la doctrina mariana como centrada en la historia de la salvación, en el único misterio de Cristo, salvador y redentor de su iglesia, sacramento de salvación. Con esto el Vat. II da vía libre a un particular relieve que se concede a la cooperación prestada por María a la obra redentora de Cristo. Además partiendo de nuevos criterios interpretativos para profundizar en la impacto de María en la historia de la salvación, como son los criterios bíblico, pastoral, ecuménico y antropológico, el Conc. Vat. II elabora una doctrina sobre la cooperación de María más crítica, segura y abierta a todo el mundo cristiano.

c) Razones de ambas actitudes: el no empleo del título corredentora y corredención fue por razones de carácter pastoral y ecuménico. Los protestantes, en efecto, afirman que Cristo es el único Redentor en absoluto de todo el género humano: a) porque es el único que puede redimir, b) porque ninguna creatura está en grado de prestar ninguna forma de cooperación formal a la redención, sino solamente de recibirla. Sobre este particular María no se diferencia de ningún otro viador que está en grado de prestar ninguna forma de cooperación formal a la redención, sino solamente de recibirla. En este sentido también María está necesitada de salvación y no se diferencia de ningún otro miembro de la humanidad. Ella habría prestado una cooperación material a Cristo redentor, en cuanto que ha sido a modo de un canal físico por donde ha pasado el Redentor hasta que ha llegado a nosotros la salvación en la naturaleza humana. Dar a María el título de Corredentora o de hablar de una cooperación a la obra de Cristo por parte de María, significaría anular

XII, en su definición del dogma de la Ascensión en 1950 (Cf Denzinger, *Enchiridion Symbolorum*, 3903).

¹⁰ «Lumen Gentium» 62; cf CIC n1 969.

¹¹ «Lumen Gentium», 53; CIC, n1 963.

¹² «Lumen Gentium», 57; también citado en CIC, n1 94.

¹³ «Lumen Gentium», 58; cf también CIC, n1 964.

la eficacia de la redención operada por Cristo, y conllevaría ir en contra de la Biblia y ofender a la fe. Por eso los evangélicos rechazan el título de Corredentora dada a María.

Tampoco en el Catecismo de la Iglesia Católica (= CIC) aparece el término corredención¹⁴, con singular referencia a María como Madre de Cristo¹⁵ y de la Iglesia¹⁶. EL CIC cita en diversas ocasiones los fragmentos evangélicos en que centramos nuestro trabajo (e.d. Lc 2,35: En dos ocasiones y en dos contextos el CIC cita a Lc 2,35 (la espada que atraviesa a María), y en ambos une la profecía de Simeón con el episodio del Calvario: «Durante toda su vida, y hasta su última prueba (cf Lc 2,35), cuando Jesús, su hijo, murió en la cruz, su fe no vaciló. María no cesó de creer en el 'cumplimiento' de la palabra de Dios. Por todo ello, la Iglesia venera en María la realización más pura de la fe»¹⁷. Y «la Cruz es el único sacrificio de Cristo 'único mediador entre Dios y los hombres' (1Tim 2,5). Pero, porque en su Persona divina encarnada, 'se ha unido en cierto modo con todo hombre' (GS 22,2), Él 'ofrece a todos la posibilidad de que, en la forma de Dios sólo conocida, se asocien a este misterio pascual' (GS 22,5). Él llama a sus discípulos a 'tomar su cruz y a seguirle' (Mt 16,24) porque Él 'sufrió por nosotros dejándonos ejemplo para que sigamos sus huellas' (1Ped 2,21). Él quiere en efecto asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios (cf Mc 10,39; Jn 21,18-19; Col 1,24). Eso lo realiza en forma excelsa en su Madre, asociada más íntimamente que nadie al misterio de su sufrimiento redentor (cf Lc 2,35)¹⁸.

1. LA TRANSFIXIÓN ANUNCIADA POR SIMEÓN (Lc 2,33-35)

Cuando María y José llegaron al templo de Jerusalén, un anciano llamado Simeón, inspirado por el Espíritu Santo, se dirigió a la Virgen María con estas palabras: «Y a ti misma una espada te traspasará el alma» (Lc 2,35), dentro de un más amplio contexto que nos aclara las circunstancias: «Y el padre y la madre del niño estaban maravillados de las cosas que se decían de él. Y los bendijo Simeón, y dijo a María, su madre: He aquí que éste está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel, y como señal a quien se contradice¹⁹ — y a ti misma una espada te traspasará el alma—, para que salgan a luz los pensamientos del fondo de muchos corazones» (Lc 2,33-35)²⁰.

14 Dicho Catecismo fue publicado en 1992, y lleva la aprobación del Papa Juan Pablo II.

15 CIC, pp. 437, 466ss, 726, 963ss, 1014, 1171.

16 CIC, nn. 829, 963ss., 972ss., 1172, 1370, 1477, 1655, 1717, 2146, 2617, 2674, 4676ss.

17 CIC, n1 149.

18 CIC, n1 618.

19 Cf Is 8,14; Mt 21,42; Jn 9,39; Act 28,22; 1Cor 1,23; Heb 12,3; 1Ped 2,8.

20 Cf Jn 19,25.

1.1. La espada en los textos bíblicos y judíos

¿Qué significa el término *espada*? Si recorremos la literatura bíblica y judaica, se constata que la espada es uno de los símbolos más frecuentes de la «palabra de Dios»; así podemos encontrar diversos pasajes que nos lo aclaran.

1.1.1. La espada en el AT

En el AT cuando se emplea el vocablo espada tiene varios sentidos:

1) material (*herēb*) que puede ser un arma de pequeño tamaño, puñal o cuchillo utilizados en los sacrificios, la circuncisión o la talla de piedras; pero también se trata de un arma mayor (gr. *romphaia*) que primitivamente era de bronce y luego de hierro.

2) figurado: a veces la espada figura al: a) animal que devora su presa (Ex 17,13; Num 21,24; Jer 12,12); también designa: b) la hostilidad (Gen 3,24); c) la guerra, sobre todo en la época profética (Jer 5,12; 50,35-38; Ez 7,15; 1Mac 8,23; Mt 10,34), el castigo divino (Is 34,5-6; Sab 18,15); d) la persecución (Sal 22,21; 37,14); e) la desgracia (Is 27,1; Jer 12,12; Ez 21,9.14-22).

Queremos subrayar cuatro ocasiones particulares de este sentido figurado: a) Is 49,2: «Hizo de mi boca como espada afilada, a la sombra de su mano me ocultó; hizo de mí flecha aguzada, en su aljaba me escondió». Is 49,1-6 constituyen el canto del Siervo de Yahweh, el profeta explica a los pueblos la vocación que recibió de Yahweh (como Siervo para Israel) (vv. 1-3); se nos comunica que su misión ha fracasado (v. 4); pero Yahweh le ha confiado una tarea más amplia (vv. 4-5), que es la de llevar la salvación a toda la tierra. Aunque originalmente se refería al Déuterocanónico, no es extraño que la tradición cristiana haya visto en ellas una descripción de la misión del Mesías. Los vv. 7-12 son un anuncio de la salvación; b) Sal 56,5: «Yazgo en medio de leones que devoran a los hombres, cuyos dientes son lanzas y saetas, y su lengua una espada (*herēb*) afilada»; c) Prov 24,2: «Pues su corazón planea violencia y desgracia sus labios profieren»; también en otros lugares de Prov se emplea un uso metafórico o alegórico de *májaira*; así en Prov 5,4 la acción de la necesidad (meretriz) sobre aquel que se une a ella, está asemajada al corte de un cuchillo afilado. La imagen alegórica de la palabra-espada está presente también en Prov 12,18 (en TM *herēb*). En Prov 30,14 se describen también los dientes de los malvados como cuchillos, que hacen daño a los débiles y pobres. En Prov 25,18 está usada la imagen de la espada, junto a la de la maza y aguda saeta, hablando de los falsos testimonios: «Maza, espada (TM *herēb*) y aguda saeta es el hombre que profiere contra su prójimo testimonio falso»; d) Sab 18,15-16: «tu palabra omnipotente se lanzó desde los cielos, del trono real, guerrero implacable, al medio de la tierra nefasta, llevando como espada afilada tu mandato decidido; y puesta en pie lo llenó todo de muerte». Es una concepción de la palabra como entidad independiente, eficaz por sí misma, tanto para crear como para destruir (cf Is

55,10-11). Este versículo fue interpretado mesiánicamente por los SS. Padres de la Iglesia y aplicado a la encarnación.

Como arma se encuentra ya a partir de Heródoto (> ca. 425 a.C.), en el sentido de «espada pequeña» para distinguirla de la verdadera y espada grande (*romphaia*).

1.1.2. La espada en el NT

Leyendo los textos neotestamentarios constatamos que el término «espada» tiene un amplio espectro semántico:

A) En sentido físico: a) como arma material (*májaira*): se encuentra repetidamente en el NT, p.e. en la descripción del apresamiento de Jesús, tanto en la mano de sus enemigos que se acercaban con espadas y bastones (*metà majairôn kai xílôn*, Mt 26,47 par. Mc 14,43). Jesús interroga a sus enemigos por qué han venido con espadas y con palos (Mt 26,55 par. Mc 14,48; Lc 22,52); incluso en mano de Pedro se encuentra una espada para defender al Maestro (Mt 26,51 par; Mc 14,47; Jn 18,10). Jesús amonesta al discípulo que meta su espada (*májaira*) en la vaina (Mt 26,52 par; Jn 18,11). b) como arma letal: cuando Pedro ha herido al siervo del pontífice cortándole la oreja, Jesús le dice: «Vuelve la espada a su lugar, porque todos los que empuñan espada, por espada perecerán» (Mt 26,52: en las tres ocasiones se emplea *májaira*); en el contexto de Mt 26,52 «espada» aquí no está claro lo que significa, sino que más probablemente Jesús piense en el caso de que el que cometa actos de violencia, violentamente morirá. La muerte violenta (guerras, persecuciones, etc.) también se señala.

B) En sentido metafórico: a) como poder punitivo del estado («*ius gladii*»): así leemos en Rom 13,4: «Mas si obrares el mal, teme; que no en vano lleva la espada (*májaira*); porque de Dios es ministro, vengador para castigo del que obra el mal»; b) como arma escatológica: así se suelen describir hechos anticotestamentarios cuando son citados en el NT, p.e. Heb 11,34 (cf 1Re 19,1ss); Heb 11,34 (cf 1Re 19,10; Jer 26,23): en la voz de la espada (*en fonô majairas*), que aparece en diversos lugares de la LXX (Ex 17,33; Num 21,24; Dt 13,16; 20,13); asimismo lo encontramos cuando se describe la suerte de Judea en los tiempos escatológicos (Lc 21,24), o en la ejecución capital de Santiago de Zebedeo (Act 12,2). Éste parece ser el sentido de Pablo: «¿Quién nos apartará de Cristo? ¿Tribulación?, ¿angustia?, ¿persecución?, ¿hambre?, ¿desnudez?, ¿peligro?, ¿espada? (*májaira*) (Rom 8,35). De todo esto se deduce que el valor de *májaira* se traduce en un símbolo horripilante del esparcimiento de sangre, como en Apoc 6,4: «Y salió otro caballo, rojo, y al que montaba sobre él le fue dada orden de quitar la paz de la tierra, y que unos hombres a otros se degüellen, y le fue dada una gran espada» (*májaira megalê*); c) como arma de división (metáfora): Jesús anuncia que «no he venido a poner paz, sino espada» (*eirênên allà májairan*, Mt 10,34), antítesis que también se usará en Apoc 6,4, donde no parece que se refiera a una lucha armada, sino más sería una metáfora para indicar que quien sigue a Jesús tiene que contar

con que sus más allegados (familiares, consanguíneos, amigos) se le han de oponer (cf Mt 10,35; Lc 12,51); ciertamente este logion de Jesús (Mt 10,34) no se opone a la imagen de Jesús como príncipe de la paz; d) como pronta disponibilidad: leemos en Lc: «Mas ahora quien tenga bolsa, tómelas; asimismo también alforja; y quien no tenga espada (*májairan*), venda su manto y cómprese una» (Lc 22,36), y cuando le dicen que ya tienen dos espadas, dice «basta» (Lc 22,38), como quien advirtiese que no era de eso de lo que se trataba; en cambio Windisch²¹ interpretaba que entre Lc 22,35ss y Mt 26,51s Jesús habría modificado su doctrina; los discípulos de Jesús deberían tener un ánimo para perseverar hasta el final, de tal modo que puedan abandonar hasta el último objeto que posean, pero no deben de abandonar la lucha; e) la palabra de Dios: como parte del equipo espiritual del cristiano figura también una espada, aunque no es material, sino del espíritu, y ésta es la palabra de Dios: «Tomad también el yelmo de la salud y la espada del espíritu (*májairan tou Pneúmatos*), que es la palabra de Dios» (Ef 6,17). Esta expresión «espada del espíritu» podría tener su inspiración en Is 11,4 (cf 2Tes 2,8), así como Is 11,5 opera como trasfondo de Ef 6,14. Un empleo semejante encontramos en Hebr 4,12: «Porque viviente es la Palabra de Dios, y obradora, y más tajante que espada alguna de dos filos, y que penetra hasta la división del alma y del espíritu, y de las coyunturas y de las médulas, y discierne los sentimientos y pensamientos del corazón». Para W. Michaelis²² aquí no sería una espada, porque quien quiere deslindar las coyunturas y las médulas no toma una espada, sino más bien sería el cuchillo del sacrificio, o de los mataderos, o incluso el bisturí del médico; de hecho una espada de dos filos es muy rara, en cambio es común entre los cirujanos²³.

Vemos, pues, que la espada era un arma que en el s. I d.C., a causa de la inseguridad de los tiempos, llevaban muchos; en tiempo de la pasión de Jesús, los que fueron a arrestarlo llevaban espadas (Mt 26,47.51-52 par.), y los mismos apóstoles estaban provistos de espadas (Lc 22,38.49-52; Jn 18,10-11). Pero también entre los romanos era símbolo de autoridad, y así el emperador tenía derecho de vida y muerte sobre sus súbditos («*ius gladii*»: Rom 13,4; Act 16,27); también la justicia romana aplicaba la pena de muerte por la espada (Act 12,2) para los ciudadanos romanos, como Pablo.

El sentido que aquí nos interesa es el sentido figurado como el que Pablo emplea cuando subraya la necesidad para el cristiano de luchar contra las potencias del mal (Ef 6,12) con la ayuda de la palabra de Dios. La fuerza decisiva de esta palabra que revela e interpela la hace aparecer bajo la imagen de la espada (Is 49,2; Lc 2,35; Ef 6,17; Heb 4,12; Apoc 1,16; 2,12.16; 19, 15.24).

Ese sentido metafórico es el que se pone de relieve en diversos lugares del NT:

21 H. WINDISCH, *Der messianische Krieg und das Urchristentum*, 1909, p. 48s.

22 W. MICHAELIS, *májaira*, TWzNT IV, 533.

23 J. PREUSS, *Biblich-talmudisch Medizin*, Beiträge zur Geschichte der Heilkunde und der Kultur überhaupt, 1911, pp. 219. 282.

1) Apoc 1,16: «Y tenía en la mano derecha siete estrellas, y de su boca salía una espada de dos filos aguda, y su semblante como el sol cuando resplandece con toda su fuerza» (Apoc 1,20; 2,1; 3,1; 2,12; 19,15.21; 17,2). Está dentro de una unidad referido al Hijo del Hombre, que a partir de Dan 7,13-14, en los escritos apocalípticos indica un ser misterioso, con poderes excepcionales, que realizará el plan final de Dios en favor de los suyos; en los Sinópticos, Jesús se aplica a sí mismo este apelativo (cf Mt 2,10); aquí se le aplica al presentarlo como rey universal como rey universal y juez de los hombres. Para la descripción de su figura y ropajes, que en Dan son los propios del «Anciano» (cf Dan 7,9; 10,5-6; Ez 9,2.11). De su boca salía una espada aguda de dos filos agudos (Apoc 2,12.16; 19,15; Is 49,2; Heb 4,12); 2) Apoc 2,12: «Y el ángel de la Iglesia que está en Pérgamo escribe: Esto dice el que tiene la espada de dos filos aguda» (Apoc 1,16; 19,15; Is 49,2; Sab 18,16; Heb 4,12); 3) Apoc 2,16: «Arrepiéntete, pues; que si no, vengo a ti presto, y pelearé con ellos con la espada de mi boca» (Apoc 2,5; 1,16; 2,12); 4) Apoc 19,15: «Y de su boca de él sale una espada aguda con que herir a las gentes, y él las regirá con vara de hierro, y él pisa el lagar del vino del furor de la cólera del Dios omnipotente» (Apoc 1,6; 2,12.16.27; 14,19s; Sal 2,9; Is 11,4; 63,3; Joel 3,13). Apoc 19,15 forma parte de un contexto más amplio (Apoc 19,11-16) donde se habla del Mesías-guerrero, brillante e irresistible, emperador de los cristianos, frente al cual otros «emperadores» humanos son tristes caricaturas, está descrito poniendo como base textos del AT (Zac 1,8; 6,3.6; Sal 96,13; Is 11,4; Dan 10,6; Is 63,1-3; 49,2; Sal 2,9; Lam 1,15; Joel 3,13; Am 3,13). En Sab 18,14-15 (la «Palabra de Dios» que extermina a los primogénitos egipcios). Muchas de las frases que en este contexto (Apoc 19, 11-16) están expresadas en otros lugares del NT (Jn 1,1.14 (en Apoc 19,13 es título de su función de «revelador»). El vocablo griego traducido por «muslo» puede haber entendido defectuosamente un término hebreo que significa también «estandarte»; según otra interpretación, el título iba escrito «en la vaina» de la espada, junto al muslo. El ejército de este «Cristo emperador» está formado por ángeles, de la corte celeste de Dios, y por todos los justos que le siguen y le escoltan. En el Conc. Vat. II (LG 59) se alude al exponer el sentido dogmático de la Asunción de María: «para asemejarse más plenamente a su Hijo, Señor de Señores y vencedor del pecado y de la muerte», María fue ensalzada por el Señor como Reina universal, y se encuentra en situación de glorificación corporal, como los justos después que resuciten; por lo mismo, es obvio que en la 2ª venida de Cristo figura, acompañándole, su Madre; 5) Apoc 19,21: «Y los demás fueron muertos con la espada del que iba montado sobre el caballo, la que salía de su boca; y todas las aves se hartaron de las carnes de ellos» (Ez 39,17.20); 6) Ef 6,16: «Embrazando en todas ocasiones el escudo de la fe, con que podáis apagar todos los dardos encendidos del malvado» (1Ped 5,9; 1Jn 5,4); 7) Heb 4,12: «Porque viviente es la Palabra de Dios, y obradora, y más tajante que espada alguna de dos filos, y que penetra hasta la división del alma y del espíritu, y de las coyunturas y de las medulas, y discierne los sentimientos y pensamientos del corazón» (Cf Jer 23,29; Is 49,2; Ef 6,17; Apoc 1,61; 2,16; 19,15; 1Cro 4,5). «Hasta la división de» puede entenderse como «hasta separar alma y espíritu», o «hasta el punto de separación

de alma y espíritu», o «hasta dividir lo más íntimo del alma y del espíritu». El autor no pretende enseñar una doctrina filosófica sobre los elementos del compuesto humano, sino ponderar el perfecto conocimiento que Dios tiene del hombre (de todas sus ideas, intenciones y sentimientos): Dios es un juez que ve todo con diaphanía.

Hay un muy cercano parecido entre en Heb 4,12 y Lc 2,35. En los dos fragmentos se habla de «espada» que «penetra el alma» y «revela-escudriña los pensamientos del corazón».

1.1.3. La espada en la literatura judía

Repasando la literatura judía de la época intertestamental, apreciamos que el vocablo «espada» tiene diversos sentidos:

A) Sentido literal: a) Cuchillo: en el ámbito cultural judeo-israelítico, se encuentra en Flavio Josefo *majatrion* («cuchillo para limpiar la fruta»)²⁴, fue empleada también por los rabinos en la forma *mkryn*²⁵. También Fl. Josefo emplea *májaira* en el sentido de «cuchillo» de piedra que se emplea para la circuncisión (Jos 5,2s, en TM *hereb*; 21,42; 24,31). También el cuchillo que emplea Abraham para el sacrificio de Isaac se llama *májaira* (TH *ma'akelet* (Gen 22,6.10). b) Arma desconocida: la relación entre *mekêrâ* (un arma desconocida), que se encuentra solamente en Gen 49,5, y entre *májaira* no es seguro. c) Puñal, pequeña espada: así en Juec 3,16 donde parece que se trata de un puñal o espada corta, que Fl. Josefo²⁶ traduce *xifdion*.

En la LXX *májaira* aparece más de 180 veces (una tercera parte de los pasos en Jer). En el TH suele aparecer *hereb*, donde la LXX tiene *májaira*, pero en muchas ocasiones la LXX traduce por *romphaia*, y más raramente por *xifos* (pero en algunas ocasiones los mss. griegos intercambian dichos términos).

B) Sentido figurado: en el judaísmo tardío se dan imágenes que presentan los días del Mesías como tiempo de la espada²⁷.

Áquila y Teodoción traducen el término *sakkin* que aparece solamente en Prov 23,2 (no traducido por la LXX).

Este término aparece también en otras fuentes judías, como en el Tg: TgCant 3,8 y TgCant 4,4. Asimismo se constata en el Midrás: GenRab 21,9 a Gen 3,24; ExRab 2,4 a Ex 3,1; ExRab 51,8 a Ex 38,1; CantRab 1,2.5; MidrSal 17,10.

24 Fl. JOSEFO, *Ant.* 17: 183.

25 S. KRAUSS, *Griechische und lateinische Lehnwörter in Talmud, Midrasch und Targum* 1, 1898, 203. 235.

26 Fl. JOSEFO, *Ant.* 5: 193.

27 H.L. STRACK-P. BILLERBECK, *Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch*, Munich 1922-28, I, 585s; IV, 865. 979. 981. 988.

1.1.4. *La espada en la literatura apócrifa*

Se insiste en esta literatura en la fe que María manifestó especialmente en la cruz, donde aceptó la misión de «Mater Dolorosa», traspasada por la espada que había anunciado la profecía de Simeón.

Es una misión que está descrita en diversos apócrifos:

a) Las «Actas de Pilato», que por otro nombre se conoce como «Evangelio de Nicodemo», datado hacia finales del s. I d.C. o principios del s. II d.C.; aquí se nos describe esa misión de María como «Mater Dolorosa».

b) El «Evangelio de Gamaliel», que está en un contexto temporal e ideológico similar al anterior apócrifo, habla de que la resurrección será quien demuestre el verdadero sentido del dolor de María, que no sería precisamente debido a su maternidad natural, sino más bien a su participación en la obra redentora del Hijo²⁸.

c) El «Evangelio de Pedro»: nos narra enfrentamientos dialécticos entre diversos grupos: por una parte los amigos de Jesús y los convertidos, que se enfrentan a los judíos y a los jueces perversos, al centurión y a los gentiles; cada uno manifiesta sus sentimientos frente al Crucificado.

d) Los «Oráculos Sibilinos» III,316 hablan de una espada personal que se centra en el corazón de la Virgen María²⁹.

El emperador Adriano (117-138), especialmente desde el 135 en adelante trató de desterrar el recuerdo de la Virgen Dolorosa del Calvario y de Cristo resucitado del Sepulcro, y para ello hizo un altar a Venus en el Calvario (para recordar su llanto) y a Tammuz sobre el Gólgota (para recordar a los paganos el «descensus ad inferos» y el «ascensus»). Pero fue en esa época precisamente cuando los cristianos se reunían, especialmente en la gruta de los tesoros, abierta bajo el Calvario, para recordar los misterios cristianos.

1.2. *Jesús signo de contradicción*

Efectivamente, el futuro preconizado por Simeón en relación a Jesús, encuentra ecos frecuentes en el NT, e.d. la presencia y testimonio de Jesús provoca crisis en sus contemporáneos, unos aceptan su mensaje y se adhieren a él, otros rechazan la nueva doctrina y persiguen al que la propone.

Jesús es signo: pues en su persona Dios se hace manifiesto, y se acerca a su pueblo, cuando le visita y rescata (cf Lc 1,68), y esto lo reconocen los que asisten a su actuación durante la vida: «un gran profeta se ha levantado en medio de nosotros; y visitó Dios a su pueblo» (Lc 7,16). El mismo Jesús se reconoció como signo:

²⁸ Cf Evangelio de Gamaliel 5, 4.6; 6, 1.8.9.11.13.

²⁹ Cf A. FEUILLET, «L'épreuve prédite à Marie par le veillard Siméone (Luc II,35a)», en: *A la rencontre de Dieu, Mémoires Albert Gelin*, París 1961, pp. 243-263.

«porque como Jonás fue señal para los ninivitas, así lo será también el Hijo del hombre para esta generación» (Lc 11,30).

Jesús es contradicción: esto significa la repulsa por parte del judaísmo oficial y de Jerusalén, que no reconoció la visita de Dios (cf Lc 19,44b-47; 29,9-18). Así, ya desde el conocimiento, Jesús tiene que contar con un camino de dificultades continuas.

Jesús es signo de contradicción al comienzo de su vida: «He aquí que éste está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel, y como señal a quien se contradice» (Lc 2,34).

Jesús es signo de contradicción durante su vida: el mismo Jesús era consciente de que él era signo de contradicción y lo reconoció expresamente: «Y dijo Jesús: “Para juicio vine yo a este mundo: para que los que no ven, vean; y los que ven, se vuelvan ciegos”» (Jn 10,39). Incluso Jesús lo propone casi como un reto: «Por esto les hablo en parábolas, porque viendo no ven y oyendo no oyen ni entienden. Y se cumple en ellos la profecía de Isaías, que dice: “Con el oído escucharéis y no entenderéis; y mirando miraréis, y no veréis”. Porque se apelmazó el corazón de este pueblo, y con sus oídos oyeron torpemente, y entornaron sus ojos; no sea caso que vean con los ojos, y oigan con los oídos, y entiendan con el corazón, y se conviertan; ¡cuando yo los sanaría!» (Mt 11,11-15). Cristo, es Cristo-luz, es su palabra que revela al Padre (Jn 12,44-50), y esa palabra escudriña los corazones: «Porque todo el que obra el mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que no sean puestas en descubierto sus obras; mas el que obra la verdad, viene a la luz, para que se manifiesten sus obras como hechas en Dios» (Jn 3,20-21).

Jesús es signo de contradicción en su muerte: «fijos los ojos en el jefe iniciador y consumidor de la fe, Jesús, el cual, en vez del gozo que se le ponía delante, sobrellevó la cruz, sin tener cuenta de la confusión, y está sentado a la diestra del trono de Dios. Porque recapacitad mirando al que tal contradicción (*antilogían*) sostuvo contra sí de parte de los pecadores, a fin de que no desfallezcáis, aflojada la resistencia de vuestras almas» (Heb 12,2-3).

1.2.1. *En la comunidad prepascual*

Jesús, durante su vida, no se doblegó a nadie incondicionalmente, sino que buscó la rectitud, y esto suscitó actitudes diferentes, sea en favor o en contra, como nos dice Lc 11,23: «Quien no está conmigo está contra mí, y el que no recoge conmigo desparrama».

El Ev. de Mt nos recuerda que dijo Jesús: «No os imaginéis que vine a poner paz sobre la tierra; no vine a poner paz, sino espada. Porque vine a separar al hombre contra su padre, y a la hija contra su madre, y a la nuera contra su suegra; y los enemigos del hombre serán los de su casa» (Mt 10,34-36). Lo cual se explica en otra clave seguidamente: «Quien ama al padre o a la madre más que a mí, no es

digno de mí; y quien ama al hijo o a la hija más que a mí, no es digno de mí» (Mt 10,37). Dos vertientes, pues, conlleva la actitud de Jesús y su doctrina, que se explican con el símil de la espada: a) la doctrina y la persona de Jesús significarán una alternativa en las familias, porque aquel que la acepte supondrá un rechazo por parte de su familia, si es que no se han adherido a esa persona y a ese mensaje; b) será un barómetro para medir el verdadero amor a la persona y doctrina de Jesús, quien le elija tendrá que amarle a él más que a su propia familia.

El Ev. de Lc vuelve a subrayar esa alternativa, que como la espada, divide: «Si uno viene a mí y no aborrece a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos, a sus hermanos y hermanas y hasta su propia vida, no puede ser mi discípulo» (Lc 14,26); otros en vez de «aborrecer» traducen por «odiar», que es un semitismo³⁰.

El Ev. de Jn en tres ocasiones diferentes nos señala que la predicación de Jesús produce una crisis (*cisma*) entre la gente, por cuanto los pareceres de la gente se enfrentaban al juzgar a la persona de Jesús: a) Jn 7,43: «Se originó, pues, escisión (*sjísma*) en el pueblo a causa de él». b) Jn 9,16: «Decían, pues, algunos de entre los fariseos: Este hombre no viene de Dios, pues no guarda el sábado. Mas otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador obrar semejantes señales? Y había escisión (*sjísma*) entre ellos». c) Jn 10,19: «Otra vez se originó escisión (*sjísma*) entre los judíos con motivo de estas palabras».

1.2.2. En la comunidad postpascual

Esta actitud no solamente se constata durante la vida mortal de Jesús, sino que se reconoce en la época postpascual; así Pedro interpreta la actitud de la sociedad que le toca vivir: «por lo cual se contiene en la Escritura: «Mirad que pongo en Sión una piedra angular, escogida, preciosa; y quien en ella cree, no será confundido. A vosotros, pues, los que creéis, el honor; a los que no creen, la piedra que desecharon los constructores, ésta vino a ser la piedra angular» (cf Mt 21,42), «y piedra de tropiezo, y roca de escándalo» (Cf Mt 21,42); los cuales tropiezan por no recibir sumisos la palabra, para lo cual habían sido destinados». Asimismo Pablo recurría al mismo concepto: «Tropezaron en la piedra de obstáculo, según que está escrito: «Mirad, pongo en Sión piedra de tropiezo y peña de escándalo, y quien creyere en él no quedará confundido»» (Rom 9,32-33), y más adelante: «Todo el que creyere en él, no se verá confundido» (Rom 10,11). Lo cual, a su vez, tiene en Isaías su fundamento: «Él será causa de dificultad y piedra de tropiezo y roca de traspies para ambas casas de Israel, lazo y trampa para los moradores de Jerusalén» (Is 8,14). «Por ello, así ha dicho Adonay Yahweh: «He aquí que pongo como cimiento en Sión una piedra, una piedra granítica, una piedra angular de cimiento, preciosa y firmemente asentada; quien confíe no habrá de conturbarse» (Is 28,16).

³⁰ J. ALONSO, «Cómo se fundamenta hoy en el evangelio la vida religiosa», *SalTer* 58 (1970) 483-495.

1.3. Jesús caída y resurgimiento

1.3.1. Para Israel

Jesús es preconizado por Simeón como «resurgimiento de muchos en Israel» (Lc 2,34); «muchos» (*rabbim*) quiere decir «todos», como en las palabras de Jesús en la cena pascual: «Esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos» (Mc 14,24). Jesús es anunciado como «caída y resurgimiento», y con esto Simeón quiere clarificar cuál ha de ser el éxito en el conjunto de la misión de Jesús.

Esta antítesis «caída y resurgimiento» es lo que define las dos actitudes que Jesús encontró en su vida en el contacto con sus connacionales de Israel:

a) los que rechazaron su mensaje: es el pueblo que fue descrito por Pablo, citando a Is 65,2 como «un pueblo desobediente y rebelde» (*antilégonia*) (Rom 10,21); y durante la vida de Jesús son aquellos que se afirman en sus propias seguridades, y es para éstos para quienes Jesús se convierte en piedra de tropiezo, p.e. para los escribas y fariseos que se jactan de su ciencia: «¡Ay de vosotros los legisladores, porque os alzasteis con la llave de la ciencia! vosotros no entrasteis, y a los que entraban se lo estorbasteis» (Lc 11,52). En muchas ocasiones de su predicación desenmascaró Jesús esta actitud de sus opositores: en la parábola del invitado a la boda refiriéndose a los fariseos (Lc 14,9-13.14b), en los invitados a la boda que se niegan a asistir porque anteponen otros intereses (Lc 14,16-21ab.24).

b) los que aceptaron su mensaje: entre éstos encontramos el publicano (Lc 14,13-14), Zaqueo (Lc 19,2-10), los pobres, los cojos, los inválidos, que vinieron a sustituir a los primeros invitados a la boda (Lc 14,21-23); e.d. todos los que escucharon la palabra y la cumplieron.

Todo esto tiene, en boca de Simeón, un final: «para que sean descubiertos los pensamientos de muchos corazones» (Lc 2,35); la presencia de Jesús reveló las esperanzas que se habían puesto en él, e.d. los hombres de buena voluntad acogieron su mensaje, y los hombres de mala intención rechazaron su doctrina; en sí el término empleado por Simeón «los pensamientos» (*dialogismoi*) no indica ni actitud positiva ni actitud negativa, pero en el contexto se clarifica que se orienta hacia la postura alternativa, de buenas intenciones o de intenciones condenables (cf Lc 1,29; 5,22; 6,8; 9,46.47; 24,38). Sobre todo si tenemos en cuenta que antes ha precedido una aclaración: Jesús es motivo de caída o de resurgimiento (Lc 2,34).

1.3.2. Para todos

Cuando Lc describe la historia de la primitiva iglesia, ya no solamente toma en cuenta el mensaje de Jesús para sus contemporáneos y para Israel, sino que se encuentra en un ámbito más amplio, es la Iglesia la que se encuentra en medio del

mundo (paganos y judíos) y encuentra la misma respuesta que encontró Jesús, e.d. el mensaje cristiano se convierte en caída para unos y resurgimiento para otros.

Lc nos describe en Act la predicación de los Apóstoles y las reacciones tanto de los judíos, como de los paganos; tenemos varias de esas narraciones en que se nos describe la respuesta:

a) En Antioquía de Pisidia, a invitación de archisinagogo, se dirigió a los reunidos en la sinagoga, y hacia finales del discurso dice Pablo: «Y nosotros os anunciamos la buena nueva de que la promesa hecha a los padres, ésta Dios la ha cumplido con sus hijos, que somos nosotros, resucitando a Jesús» (Act 13,32-33); y la respuesta fue positiva por parte de algunos que «al salir ellos, rogaban que en el próximo sábado se les hablase sobre estas mismas cosas. Y una vez disuelta la reunión de la sinagoga, muchos de los judíos y de los prosélitos adoradores de Dios siguieron a Pablo y a Bernabé, los cuales, hablando con ellos, les persuadían a que perseverasen fieles a la gracia de Dios» (Act 13,42-43). Pero la respuesta fue negativa por parte de los judíos: «Viendo los judíos aquellas muchedumbres, se llenaron de envidia y contradecían (*antélegon*) a lo que Pablo decía, ultrajándole» (Act 13,45). «Mas los judíos incitaron a las mujeres distinguidas, que adoraban a Dios, y a los principales de la ciudad, y levantaron persecución contra Pablo y Bernabé, y los arrojaron de su territorio» (Act 13,50).

b) Lc describe la escena que se produjo en Iconio, cuando Pablo y Bernabé habían predicado y acompañado dicha predicación con signos y prodigios (Act 14,1-13); como consecuencia de la predicación de Pablo y Bernabé creyeron muchos: «Y aconteció en Iconio, según su proceder habitual, entrar ellos en la sinagoga de los judíos y hablar de tal manera que creyó gran multitud, así de judíos como de griegos. Mas los judíos, contumaces, excitaron y malearon los ánimos de los gentiles contra los hermanos... Y se dividió en bandos la muchedumbre de la ciudad, y unos estaban por los judíos, otros por los apóstoles. Y como se produjeran conatos de violencia tanto de los gentiles como de los judíos, que, a una con sus jefes intentaban ultrajarlos y apedrearlos» (Act 14,1-2.4-5).

Es decir que la comunidad primitiva eclesial, continuadora de la comunidad postpascual, experimenta en sí misma, el signo de contradicción que había sufrido Jesús. Y así vemos que cuando Pablo llega a Roma, convoca a los judíos para explicarse el hecho de su apelación al César (Act 28,19), pero ellos le refieren cuanto conocen de los cristianos: «Todavía deseamos oír de ti lo que piensas; pues acerca de esa secta [los cristianos] nos es conocido que en todas partes se la contradice (*antilégetai*)» (Act 28,22).

1.4. *La espada es la palabra de Dios*

Entre todos los pueblos del Oriente antiguo se halla la creencia en la eficacia mágica de ciertas palabras. Entre los israelitas encontramos que atribuían este poder de la palabra a la fórmula misma o al poder de quien la profería.

En Israel había personas dotadas de una palabra especialmente poderosa; así el rey mesiánico posee, ya que en él residía el Espíritu de Yahweh, una palabra temible (Is 11,4; 2Tes 2,8; Apoc 19,15-21). Ninguna palabra de los profetas quedaba sin efecto: como una espada (Is 49,2) o como un fuego devorador (Jer 5,14; 23,29).

Una vez admitida la interpretación de que la espada se refiere a la palabra de Dios, es lógico que se piense en que la figura empleada por Simeón «la espada que traspasará el alma» es la palabra de Dios.

En el contexto precedente Jesús es reconocido como luz de las gentes y gloria de Israel (Lc 2,33); en efecto, dichas palabras se hacen eco de los poemas del Siervo de Yahweh (Is 42,6; 49,6); y concretamente en uno de esos poemas (Is 49,2) el Siervo de Yahweh es presentado como un profeta de cuya boca Dios ha hecho una espada afilada. Esta imagen se pone en relación con Jesucristo en el Apocalipsis (1,16; 2,12.16; 19,15-21).

1.5. *La espada de María*

La profecía de Simeón avanzaba que Jesús «está puesto para caída y resurgimiento de muchos en Israel» (Lc 2,34); María, a la que antes Lc había presentado como «la madre del niño» (Lc 2,33) es parte de Israel, y por tanto nada de lo que a Israel le suceda le es ajeno a María como persona; si según la profecía Jesús será para Israel «caída y resurgimiento» también a ella le ha de afectar esta situación de desgarró, y el efecto en ella es que «a ti misma una espada te traspasará el alma» (Lc 2,35a).

La situación vital de María que por una parte se representaba a sí misma en el Magnificat, cuando se expresaba individualmente (María: Lc 1,46-49), pasa pronto a la representación colectiva (Israel: Lc 1,54); María está en esa alternancia entre la comunidad (Israel) y entre la persona individual (María). Evidentemente que según Lc María está asociada a su Pueblo, por cuanto es la Hija de Sión.

Más adelante propondremos que la espada anunciada por Simeón a María es la palabra de Dios, y ¿cómo se entenderían dichas palabras dirigidas a María? La imagen de María aparece aquí como una creyente, lo mismo que todo Israel, a cuyo pueblo ella pertenece, y tendrá que enfrentarse con la palabra del Hijo, que está simbolizada en la espada. Su alma se verá profundamente penetrada por la palabra de su Hijo, que operará como una espada de dos filos que la penetrará el alma desde ahora, desde la niñez de su Hijo, hasta que llegue el Calvario, haciendo así una especie de inclusión en que se cierra el círculo vital de Jesús asociado a su Madre; es decir, empieza la transfixión de María en el templo cuando Jesús es Niño en la presentación según la palabra de Simeón (Lc 2,35), se reproducirá nuevamente en el templo cuando Jesús adolescente se pierda y allí lo encuentren sus padres a los que les dirá: «¿no sabíais que me tengo que ocupar en las cosas de mi Padre», para concluir sobre la cruz cuando Jesús adulto entregue su vida en presencia de su Madre, la que se sentirá otra vez transverberada al oír la palabra de su Hijo: «Mujer he ahí a tu Hijo» (Jn 19,25-27).

En efecto, en Lc vemos cómo María acogía y guardaba los acontecimientos y las palabras de Jesús en su corazón (Lc 2,19.51b; cf 8,19-21; 11, 27-28). Esta actitud era sapiencial, e.d. se esforzaba por adentrarse en su alcance más profundo, y eso aunque le produjese dolor, y no llegase a comprender todo su sentido (Lc 2,48-51b).

Fue, pues, «la palabra» la que iba meditando, profundizando, y así se aclaraban sus conceptos; de esta contemplación se siguieron el gozo y el dolor. Gozo, por cuanto aquella palabra se iba difundiendo, y la acogían los elegidos con corazón «bueno y perfecto» (Cf Lc 8,15). Dolor, por cuanto dicha palabra era rechazada por muchos de Israel (fariseos, saduceos, esenios, etc.) que no aceptaron ese mensaje. Además ella misma y su esposo José se vieron envueltos en incertidumbres al no comprender las palabras de Jesús: «¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que tengo que estar en la casa de mi Padre? Y ellos no comprendieron sus palabras» (Lc 2,49-50).

María conservaba en su corazón estas palabras, y así iba «avanzando en la peregrinación de la fe»³¹; así fue desgranando sus días y sus noches entre las pruebas y las oscuridades.

Pero donde llegó a su climax fue cuando la llenó de aflicción en su espíritu, fue cuando vio a su Hijo rechazado por los suyos, y crucificado. A pesar de todas las contradicciones y pruebas, ella obedeció al Padre, y permaneció fiel a las palabras del Hijo especialmente en el momento del suplicio definitivo. Éste sería el momento crucial de la transfixión del corazón de la Madre del Hijo ajusticiado; este momento es aquel en que Jesús se despide de su Madre para morir, encomendándola a Juan (Jn 19,25-27).

Según esta interpretación no solamente hemos de admitir una compasión de María al pie de la cruz, como consecuencia de la profecía de Simeón; abarca, más bien, toda la vida de María en compañía de su Hijo Jesús, pues si la misión del Redentor se desarrolla desde la cuna hasta la cruz, la misión de la Madre del Redentor conoce el mismo itinerario, desde los gozos de Belén hasta la amargura del Calvario.

Si la profecía de Simeón afirmó que una espada traspasaría el alma de María, eso nos introduce en lo más íntimo del ser de la Madre de Jesús. Y esto lo podemos hacer a través de tres textos neotestamentarios que nos hablan de lo que pasaba en el corazón de la Madre de Jesús: «María, por su parte, guardaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón (*kardía*)» (Lc 2,19). 21) «Su madre guardaba todas estas cosas en su corazón (*kardía*)» (Lc 2,51). 31) «Y una espada atravesará tu alma (*psyché*)» (Lc 2,35).

Los dos primeros textos han recibido entre los exegetas tres interpretaciones:

a) lectura histórica: algunos exegetas creen que Lc con esas palabras quiso insinuar la fuente de sus informaciones, que fue la Virgen María en persona; en este caso Lc emplea un modo de indicar la fuente histórica de la que depende su conocimiento de los hechos relativos a la infancia de Jesús, dentro de los cuales también se incluye la profecía de Simeón.

31 «Lumen Gentium», 58.

b) lectura apocalíptica: para otros exegetas, especialmente Lc 2,19 y 2,61, serían un modo de llamar la atención, sea Lc o el redactor; lo que se quiso indicar con tal detalle es la importancia de lo que se narra. Esta actitud sería la observada por Daniel, quien después de la visión del Hijo del Hombre, afirma: «Yo, Daniel, quedé turbado por estos pensamientos y se me demudó el color del rostro; pero lo guardé todo en mi corazón» (Dan 7,28). Pudiera tratarse en Lc de una forma literaria perteneciente al ámbito apocalíptico. Con esta noticia se nos introduce en el hecho de que María está situada en el centro de la reflexión cristiana sobre los misterios de la infancia de Jesús; María aparece también como la cuna de toda la meditación cristiana sobre los misterios de Cristo.

c) lectura sapiencial: esta perspectiva la ha subrayado A. Serra cuando interpreta que «meditar en el propio corazón» es una actitud del sabio, que conserva el recuerdo de los hechos para actualizar su contenido³². El término «meditar» (*synballein*) indica la actividad simbólica con que se acercan las cosas antiguas a las nuevas realidades para comprenderlas mejor.

El tercero de los textos «Y una espada atravesará tu alma», que forma parte de la escena de la presentación en el templo de Jerusalén, tiene una dimensión del todo singular, pues en él aparece con una enorme profundidad la asociación interior de María a toda la obra salvífica de su Hijo, ya que todo lo que se cumple en el cuerpo paciente del Hijo, se cumple asimismo en el corazón y en el alma de su Madre.

En la catequesis de Juan, de origen efesino (por los años 90-100), se refería que Juan había recibido de Jesús en la cruz el encargo de custodiar a su Madre. María, según la lectura occidental de Jn 1,13 engendró al Hijo, no de la carne ni de la sangre, sino de Dios. Más tarde, en las bodas de Caná (Jn 2,1-12) se convirtió en mediadora de la gracia de los esposos que experimentaron aquel trance de quedar sin vino; este milagro es contado por Jn no como un episodio milagroso, sino como un signo que encabeza toda una sección unitaria (Jn 2,1-4,54) y allí trata de demostrar la esencia de la fe, de la cual María fue entonces el prototipo, en oposición a la falsa fe, de la cual fueron prototipos el templo de Jerusalén y la sinagoga de los judíos³³. Esta fe se manifestó generosamente en el episodio del Calvario, donde María aceptó la misión de «Mater Dolorosa», traspasada por la espada que había preanunciado Simeón.

Los judeo-cristianos presentaron el Calvario como una línea divisoria entre los fieles y los infieles, y la espada de María sería el sufrimiento redentor de los últimos tiempos. María, como «Hija de Sión», aceptó la espada que en el Calvario la traspasó, haciendo de corredentora junto con el Redentor; esta corriente se apoyaba en Ez 14,17 y en Zac 12,8-14, y hablaban de una espada colectiva.

32 A. SERRA, «Motivi sapienziali in Lc 2,19.51», *Marianum* 31 (1969) 248-259; *Sapienza e contemplazione di Maria secondo Luca 2,19.51b*, Roma (ed. Marianum) 1982.

33 Cf F.J. MALONEY, «From Cana to Cana (Jn 2,1-4,54) and the Fourth Evangelist's Concept of Correct (and Incorrect) Faith», *Salesianum* 40 (1978) 817-843.

San Justino, basándose en Zac 12,10-14, comentaba que habría dos venidas del Mesías, la 1ª humilde, que fue la aceptada por los gentiles; la 2ª gloriosa que será aquella que convertirá a los que le crucificaron³⁴.

Orígenes (s. III) interpreta el Calvario como una piedra de tropiezo, y su espada sería como duda de la misma resurrección de los cuerpos, que estarían cautivos en cuanto a la materia³⁵. Cuando comenta en sus homilías a San Lucas³⁶ dice que María «poseía y conocía bien, por la cotidiana meditación, los oráculos de los profetas». Al efectuarse la Encarnación, el ánimo de María, atento y meditativo, tuvo un nuevo campo divino de reflexión: el Hijo. Ella sintió dificultad, a veces, en comprender las palabras y los hechos de Jesús; esto es lo que sucedió en su afanosa búsqueda de Jesús, y su hallazgo en el templo de Jerusalén. Al buscarlo perdido, tanto María como José experimentan la dolorosa fatiga de encontrar al Verbo encerrado en las Escrituras y oculto en los acontecimientos de la historia personal del Hijo de Dios. Al no comprender la misteriosa respuesta que Jesús les da: «¿No sabíais que me debía de ocupar en las cosas de mi Padre?», demuestran que todavía no había alcanzado la perfección de la fe. Además la profecía de Simeón puso a María ante el escándalo de la cruz, que como una espada le había de atravesar el alma: «Y también tu alma —la tuya, que sabe de haber engendrado sin intervención de hombre, en estado de virginidad; la tuya, que ha oído a Gabriel: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la sombra del Altísimo te cubrirá” — será atravesada por la espada de la duda. Pensamientos contradictorios te dilacerarán cuando veas que aquel a quien has oído llamar Hijo de Dios, aquel que sabes nacido sin intervención de varón, es crucificado y va a morir, atormentado por los suplicios de los hombres»³⁷. Orígenes se afianza en el principio de que «si la Virgen no padeció escándalo durante la pasión del Señor, Jesús no murió por sus pecados»; e.d. la universalidad del pecado, postula la universalidad de la redención; por tanto también María habría faltado de algún modo para poder ser redimida. Los discípulos de Jesús sufrieron el escándalo en la Pasión del Señor, por lo tanto también María habría recibido ese escándalo en la Pasión de Jesús. La espada predicha por Simeón (Lc 2,35) es la duda que María experimentó en el Calvario; si María no hubiese pecado, no habría sido rescatada por Cristo³⁸.

Anfiloquio de Iconio sobre la espada profetizada por Simeón, dice que no es ya la «espada de la duda», sino un mar de tentaciones y de angustias que invaden el alma de María al pie de la cruz, «porque no conocía todavía el poder de la resurrección e ignoraba que tal resurrección fuese inminente»³⁹.

34 San Justino, Diálogo con Trifón 32,2; PG 5,544; cf todavía 14,8; 67,7; 118,1; 121,2; 10 Apología 52,11.

35 Orígenes, *Contra Celsum* 1,28; PG 11,711 B.

36 Orígenes, Homilías sobre Lucas 6,7; SC 86,148.

37 Orígenes, Homilías sobre Lucas 17,6-7; SC 86, 256-258.

38 Orígenes, Homilías sobre Lucas 17,7; SC 87,256-258.

39 Anfiloquio de Iconio, Homilía sobre la Hypapanté 8; PG 62,763-770.

2. LA TRANSFIXIÓN REALIZADA EN EL CALVARIO (JN 19,25-27)

2.1. En la exegesis bíblica

En la exegesis bíblica actual, desde los años de 1965 se han indagado en Jn 19,25-27 algunos argumentos literales directos, en una relectura del pasaje de Jn 19,25-27, donde se pone de relieve una proclamación de la maternidad espiritual de María para todos los fieles, pero haciendo hincapié en la correlación existente entre el Calvario y Caná, entre el episodio de la Virgen Dolorosa del Gólgota, y la Virgen intercesora en las Bodas de Caná de Galilea, detectando en Jn 19,26-27 un esquema revelatorio.

2.1.1. Historia de la exegesis

La perícopa de Jn 19,25-27 ha sido interpretada de diversos modos a los largo de la historia de la exegesis cristiana.

T. Koehler investigó la exegesis que se había hecho a Jn 19,25-27 durante los doce primeros siglos de exegesis⁴⁰. H. Barré («1968») indagó esa misma exegesis a Jn 19,25-27 en la época medieval⁴¹.

Según los estudios de la evolución exegetica sobre Jn 19,25-27 se deducen las siguientes conclusiones: a) Desde el s. IV se comienza a vislumbrar un alcance eclesial en este episodio joánico del Gólgota. b) En el legado de su Madre que Jesús hace a Juan, y de Juan que se encarga de María, los exegetas apreciaron que es un momento en el que se trasciende las relaciones puramente domésticas (madre-Hijo), sino que allí está representada toda la comunidad cristiana. c) Cuando Jesús dice a su madre: «Mujer, he ahí a tu hijo», y a Juan: «He ahí a tu madre», Jesús nombra a su Madre «madre» de todos sus discípulos, que allí se encuentran representados en Juan. d) La Virgen María al pie de la cruz se convierte en madre espiritual de todos los creyentes. e) Todos los creyentes, representados en aquel minúsculo grupo al pie de la Cruz, significan a toda la Iglesia, de ahí que María es constituida Madre de toda la Iglesia. f) Esta idea no es que se haya ocurrido a la Iglesia del Concilio Vaticano II, o del Papa Pablo VI, que la nombró «Madre de la Iglesia» (1965), sino porque ha sido un impulso vital que se dio a la primitiva comunidad eclesial, y como germen se fue desarrollando hasta que se explicitó en la Iglesia del s. XX. g) Dicho impulso no fue una intuición de los tiempos, sino un impulso que brotó del costado mismo de Cristo moribundo.

40 Th. KOEHLER, «Les principales interprétations traditionnelles de Jn 19,25-27 pendant les douze premiers siècles», *Etudes Mariales* 16 (1959) 119-155.

41 H. BARRÉ, «La maternité spirituelle de Marie dans la pensée médiévale», *Etudes Mariales* 16 (1959) 87-118.

Ya desde el s. V se constatan numerosas opiniones de teólogos y exegetas cristianos que exponen esta convicción de la transcendencia eclesial del episodio del Gólgota (Jn 19,25-27). De hecho los Sumos Pontífices se han hecho eco de tal interpretación, p.e. León XIII, en sus encíclicas «*Quamquam pluries*» (15-8-1889)⁴², «*Octobri Mense*» (22-9-1891)⁴³, «*Adiutricem populi*» (5-9-1895)⁴⁴, y Pío XII, «*Dum Saeculum*» (15-4-1942)⁴⁵. Leemos en «*Adiutricem populi*»: «El misterio del inmenso amor de Cristo hacia nosotros tuvo, entre otras, una su luminosa manifestación, cuando él, próximo a morir, quiso confiar a su discípulo Juan, aquella madre, su misma Madre, con aquel solemne testamento: «¡He aquí a tu hijo!» Ahora bien, en la persona de Juan, según el pensamiento constante de la Iglesia, Cristo quiso dirigirse al género humano, y, particularmente, a todos aquellos que se habrían adherido a él con la fe»⁴⁶.

Los modernos exegetas, desde mediados del s. XX para acá, hacen una relectura de Jn 19,25-27, y encuentran argumentos literales y directos en favor de una interpretación de la maternidad espiritual de María para todos los fieles. Y para ello se apoyan en diversos argumentos: a) entre la correlación existente entre los episodios del Calvario y de Caná de Galilea (Jn 19,25-27 y Jn 2,1-12); b) la trascendencia que tiene Jn 19,28 cuando Jn subraya que «Después de esto» (e.d. después de haber entregado el discípulo a la Madre y la Madre al discípulo (Jn 19,25-27) añade: «sabiendo Jesús que todo se había acabado, para que se cumpliera la Escritura», e.d. que todo se cumple con haber provisto al futuro de su Madre, y al futuro de la Iglesia; c) en Jn 19,25-27a hay un esquema revelatorio, en él se habrían transmitido las palabras de Jesús según un modelo literario que se reconoció primeramente en la literatura profética, según el cual el Señor, por medio de un portavoz, pretende transmitir una revelación, o un mensaje de gran importancia, p.e. Is 49,18; 60,4; Ez 1,4ss; 37,8ss; Dan 2,31ss; Bar 4,36-37, 5.5; en este caso Jesús, profeta del Padre, se hace transmisor de una gran revelación.

2.1.2. La «Hora de Jesús» (Caná-Calvario)

Los cuatro episodios que en el Ev. de Jn se ponen en relación con María son: a) Jn 1,13; b) Jn 6,42; c) Jn 2,1-12; d) Jn 19,25-27. Los episodios de Caná (Jn 2,1-12) y el del Calvario (Jn 19,25-27) constituyen dos episodios en forma de una gran inclusión, que se manifiesta en los siguientes datos: 1) en los dos casos (Caná-Calvario) está presente la Virgen, presentada no con su propio nombre «María», sino con el nombre de «la madre de Jesús» (Jn 2,1; 19,25), y de «mujer» (Jn 2,4; 19,26);

42 A. TONDINI, *Le Encicliche Mariane*, Roma (Angelo Belardetti Editore) 1954, pp. 111 y 788.

43 A. TONDINI, *Le Encicliche Mariane*, Roma (Angelo Belardetti Editore) 1954, pp. 129 y 788.

44 A. TONDINI, *Le Encicliche Mariane*, Roma (Angelo Belardetti Editore) 1954, pp. 219 y 790.

45 A. TONDINI, *Le Encicliche Mariane*, Roma (Angelo Belardetti Editore) 1954, pp. 449 y 449 y 826.

46 A. TONDINI, *Le Encicliche Mariane*, pp. 222-223.

2) la «hora de Jesús» que no ha llegado todavía en Caná (Jn 2,4), y que ya ha llegado en el Calvario (Jn 19,27); 3) la «hora de Jesús» incluye todo el misterio de Jesús, que comienza con su acto primero en el prólogo de los signos en Caná, y termina con el epílogo de la pasión-muerte-resurrección.

El episodio de Caná reviste un tono mesiánico, e incluye los más importantes temas que desarrolló posteriormente el IV Ev. Teniendo este carácter mesiánico el signo de Caná, se refiere a toda la obra del Mesías, desde su inicio de la vida pública, hasta su conclusión en el Gólgota; María está presente en las dos y efectúa como un arco entre los dos grandes eventos de la vida pública de Jesús, su comienzo y su final.

Ambas escenas reflejan la salvación universal, a cargo de Jesús, como Mesías salvador, que el IV Ev. subraya claramente en el episodio de la samaritana: «Sé que va a venir el Mesías, el que se llama Cristo; cuando él venga, nos manifestará todas las cosas. Dícele Jesús: Soy yo, el mismo que hablo contigo» (Jn 4,25-26). «Y decían a la mujer: «Ya no creemos por tu dicho, pues por nosotros mismos hemos oído y sabemos que él es verdaderamente el Salvador del mundo» (Jn 4,42).

2.1.3. «Todo está cumplido» (Jn 19,28)

Después de narrada la escena del Calvario (Jn 19,25-27) en que Cristo entrega a su Madre al discípulo amado y el discípulo la recibe en su casa, Jn todavía añade: «Después de esto, sabiendo Jesús que todo se había acabado, para que se cumpliera la Escritura...» (Jn 19,28). No es un versículo transicional, sino que es un verso conclusivo de todo lo que ha dicho: «Después de esto», e.d. después de haber entregado a su Madre al cuidado del discípulo, y haberla aceptado el discípulo en su casa, Juan subraya que todo se ha cumplido, e.d. el programa señalado por el Padre para redimir a los hombres se ha concluido con la custodia de María, que queda en este mundo, en casa del discípulo amado; es el último y más preciado tesoro que le quedaba a Jesús en este mundo, y por eso lo quiere poner a salvo. Además ese «todo» se refiere a la entera obra redentora que se acaba ya de cumplir; ese «todo» se refiere a «su obra» (Jn 4,34), a «la obra» (Jn 17,4) a «las obras que el Padre le encargó realizar» (Jn 5,36). En suma, «todo» indica su entera obra de Salvador como ya se había anunciado en las Escrituras, a las cuales se hace una referencia global «para que se cumpliera la Escritura» (Jn 19,28)

Si Jesús no se hubiese preocupado de su Madre, legándola al discípulo amado, habría quedado algo de la Escritura sin cumplir, por eso cuando se ha realizado ese último episodio, reconoce que ya «todo está cumplido» (Jn 19,28). Es decir que para Juan ese último episodio completa todo el panorama que se había trazado en toda la Escritura como programa para realizar por el Redentor Jesús; hecho ese testamento, todo quedó ya realizado; pero eso sí, ese testamento de Jesús supone el último tramo de su carrera mesiánica, si eso no se hubiera realizado, algo habría quedado falta en la obra de la redención. Con esto Jn introduce la escena del

Calvario y de María en la cruz dentro del plano de la salvación universal. María figura como un broche que cierra la vida de Jesús, como la había abierto en el momento de la Encarnación; el Redentor empieza su vida unido vitalmente a María desde la Encarnación, y la termina unido también vitalmente a María a quien deja amparada en su orfandad. Jesús empezó a redimir a los hombres desde el primer instante en el seno de la Virgen María, y terminó dicha redención en los brazos de su Madre. No se podía imaginar dos vidas más estrechamente unidas: la de Jesús que empieza en el seno de María y termina, ya muerto, en el regazo de su Madre.

2.1.4. *El discípulo amado (Jn 19,26)*

«El discípulo que amaba Jesús» ¿Quién era? La opinión de San Ireneo⁴⁷ se ha hecho común, y es que el «discípulo a quien quería Jesús» es el mismo autor del IV Ev.; éste parece el modo de hablar de sí mismo en forma anónima (Jn 13,23; 19,26; 20,2; 21,7.20). En la posible alternativa de otro personaje, tampoco afectaba al núcleo fundamental de la cuestión.

Sabemos que Jesús, en cuanto a su humanidad, podía tener predilecciones, y podía tener uno que era preferido entre los otros discípulos. Pero los exegetas actuales van más allá, e interpretan bajo esa expresión, no tanto una preferencia personal de Jesús, cuanto que refiere aquí al estado de aquel que observa la palabra evangélica, y por tanto llega a encontrarse dentro de la esfera de amor del Padre y del Hijo. El discípulo «que amaba Jesús» sería el prototipo de cualquier discípulo que es amado por Cristo por razón de su fe. Y así leemos en Jn 14,21: «El que conoce mis mandamientos y los guarda, éste me ama, y al que me ama lo amaré mi Padre y yo lo amaré y me manifestaré a él»; así habría que encontrar a los amigos de Jesús (Jn 14,14-15), y por ellos precisamente él dice que vino a entregar su vida (Jn 15,12-13; 13,1). Es, precisamente Orígenes (+ 254) quien interpretaba que en las palabras de Jesús a María, había que leer que se trataba no de intercambiar un hijo (Jesús por Juan), sino de aceptar la prolongación del hijo de María (Jesús en Juan, y en todos los que fuesen discípulos de Jesús): «Todo hombre que se hace perfecto no vive ya él, sino que es Cristo el que vive en él, y como Cristo vive en él, por eso se dijo de él a María: He ahí a tu hijo, Cristo».

La figura, pues, del discípulo «que amaba Jesús» adopta una función típico-representativa, es a lo que alude Jn 19,25-27; aunque allí no se especifica que sea figura de todos los fieles, sin embargo debe considerarse virtualmente incluido, e.d. las palabras de Jesús tienen una dimensión claramente eclesial.

Juan se convirtió en el discípulo perfecto que siguió a Jesús hasta la cruz (Jn 19,26), y allí permaneció hasta que concluyó todo el drama, incluída la lanzada que recibe Jesús en su costado después de que ya estaba muerto, y allí Juan «el que

47 SAN IRENEO, «Adversus Haereses» 3,1,1; PG 7/1, 845-846.

amaba Jesús» ve brotar el agua y la sangre, y de ello da estimonio: «para que vosotros creáis» (Jn 19,35), lo cual indica que él ya había creído, había sido un discípulo perfecto, pues creyó (Jn 19,35; 20,8), y lo comunicaba a los otros para que también ellos creyeran.

Juan no solamente escuchó la encomienda de Jesús: «He ahí a tu madre», sino que él aceptó dicho legado: «Y desde aquel momento el discípulo la recibió entre sus cosas propias» (*eis tà ídia*), o «en su casa»; e.d. que María pasa a figurar entre las propiedades materiales del discípulo, concretamente pasa a su casa, donde él era el dueño, de ahí la versión alternativamente que se ofrece: «la recibió entre sus cosas propias» o «en su casa».

2.1.5. *Madre de todos los dispersos*

Después de la resurrección de Lázaro (Jn 11,38-46), los judíos determinan dar muerte a Jesús (Jn 11,53), pero Jn nos narra la reacción de Caifás, sumo sacerdote aquel año, quien profetizó: «que Jesús había de morir por la nación, y no por la nación solamente, sino para que los hijos de Dios que estaban dispersos los juntase en uno» (Jn 11,51-52).

Aun cuando en Jn 19,25-27 parece que Jesús se dirige sola y exclusivamente al discípulo amado, sin embargo —consciente de la profecía que había hecho Caifás— tiene en cuenta la preanunciada «reunión de los hijos dispersos de Dios». Esto se puede colegir de varios indicios: a) Jesús llama la atención usando el vocablo «mujer»: se dirige a su madre como en Caná (Jn 2,4) con el apelativo «mujer»; en el IV Ev. se usa en tres ocasiones: para la samaritana (Jn 4,21), para la adúltera (Jn 8,10), para María de Mágdala (Jn 20,15); pero es un uso, aunque conocido en la lengua griega, pero ni en autores griegos ni en autores bíblicos, ni en autores rabínicos, se emplea para dirigirse a la propia madre; b) en el contexto de Jn 19,25-27 el apelativo «madre», aplicado a María, tiene un significado particular, trasciende la simple esfera doméstica, para ampliarse en un contexto comunitario y eclesial; c) dimensión nacional de la muerte de Jesús: la interpretación de la muerte de Jesús con una dimensión nacional es de Caifás, quien afirmó: «os interesa que muera un solo hombre por el pueblo y que no perezca toda la nación» (Jn 11,50); d) dimensión cósmica de la muerte de Jesús: es la interpretación que amplía Jn a propósito de las palabras proféticas de Caifás: «Jesús había de morir por la nación, y no por la nación solamente, sino para que los hijos de Dios que estaban dispersos los juntase en uno» (Jn 11,51-52).

Es verdad que normalmente «los hijos dispersos de Dios» en el AT suelen ser los desterrados del pueblo de Israel que habían sido dispersados entre los gentiles a causa de sus pecados (Dt 4,25-27; 28,62-66; 30,1-4, etc.); son comparados, a su vez, con una planicie llena de huesos desparramados (Ez 37,2.8.9.11.12.13), o bien, como muertos que han descendido al sepulcro (Dt 32,39; Tob 13,2.3.5; Bar 3,10-12). Pero al final Dios se apiada de su pueblo, y reúne a sus hijos que estaban dis-

persos en medio de los gentiles (Is 43,5-6; 48,21; 49,10; Miq 2,12; Jer 31,8-11; Ez 34,13; Sof 3,18.19.20; Zac 2,10; Bar 4,37).

Estos hijos dispersos vuelven a Jerusalén, que es saludada por estos hijos numerosos que ha introducido Yahweh en su seno (Is 60,1-9; 49,19-20; Ac 2,15; Tob 13,12-13). La que en un tiempo lloró como estéril por razón del destierro (Is 49,14.21; 54,1.4.6.8; 60,15.20; Bar 4,12-16), ahora es felicitada porque se ha convertido en madre asombrosa y universal (Is 49,18-23; 54,1-3; 60,1-22).

Los hijos dispersos continuaron a pesar de la vuelta de los desterrados de Babilonia (538 a.C.), porque aún incluso dentro de la propia patria palestina, no conocieron la paz debido a las sucesivas sujeciones que experimentaron: a los persas (538-33 a.C.), a los griegos (333-63 a.C.), a los romanos (63 a.C.). Los judíos, confiando en los oráculos proféticos (cf Tob 14,4.5.6), esperaron que fuese el Mesías el que habría de reunir a los dispersos de Israel.

Jesús, como Siervo de Yahweh y Cordero de Dios (Jn 1,29.36) es el que trae a la unidad a los hijos dispersos de Dios (Jn 11,52). Jerusalén fue la madre de los hijos dispersos, y en su seno encontraron acogida todos los dispersos que volvieron. María también es la que recoge a esos hijos dispersos. Jerusalén, como hija de Sión, había sido saludada por el gozo que recibía al retorno de sus hijos: «Canta y alégrate, Sión, porque he aquí que vengo para habitar en medio de ti... En aquel día se acercarán a Yahweh muchas naciones y serán su pueblo, habitaré en medio de ti, y conocerás que Yahweh de los ejércitos me ha enviado a ti... He aquí que viene a ti tu rey. Él es justo y victorioso, humilde y cabalga sobre un pollino de asna» (Zac 2,14-15; cf Sof 3,14-18; Joel 2,21-27).

Al emplear Jesús el término «madre» (Jn 19,25-27) indica la personificación de la nueva Jerusalén-madre, e.d. de la iglesia. Si el profeta decía a la antigua Jerusalén: «He aquí a tus hijos reunidos juntos» (Is 60,4 LXX), ahora se dirige a su madre: «Mujer, he ahí a tu hijo» (Jn 19,26). Si Jerusalén fue la madre universal de todos los dispersos a quienes acogió en el templo, ahora la madre de Jesús es la madre universal de todos los hijos dispersos de Dios que se han congregado en el templo místico de la persona de Cristo.

2.2. En las fuentes del Magisterio Eclesiástico

2.2.1. Jn 19,25-27 en el Conc. Vat. II:

En el Conc. Vat. II se cita Lc 2,35: en el Decreto sobre la actividad misionera de la Iglesia dice: «Siendo el Señor, al que se confía, blanco de contradicción (cf Lc 2,34; Mt 10,34-39), el convertido sentirá con frecuencia rupturas y separaciones, pero también gozos que Dios concede sin medida (cf 1 Tes 1,6)⁴⁸. También cita Jn

48 «Ad Gentes», n1 13.

19,25-27: «Así avanzó también la Santísima Virgen en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz, junto a la cual, no sin designio divino, se mantuvo erguida (cf Jn 19,25), sufriendo profundamente con su Unigénito y asociándose con entrañas de madre a su sacrificio, consintiendo amorosamente en la inmolación de la víctima que ella misma había engendrado; y, finalmente, fue dada por el mismo Cristo Jesús agonizante en la cruz como madre al discípulo con estas palabras: “Mujer, he ahí a tu hijo” (Cf Jn 19,26-27)⁴⁹.

2.2.2. Jn 19,25-27 en el Catecismo de la Iglesia

En diferentes ocasiones cita el CIC Jn 19,25-27: a) Une el Calvario con Pentecostés y los últimos tiempos: «Al término de esta Misión del Espíritu, María se convierte en la “Mujer”, nueva Eva “madre de los vivientes”, Madre del “Cristo total” (cf Jn 19,25-27). Así es como ella está presente con los Doce, que ‘perseveraban en la oración, con un mismo espíritu’ (Act 1,14), en el amanecer de los “últimos tiempos” que el Espíritu va a inaugurar en la mañana de Pentecostés con la manifestación de la Iglesia⁵⁰. b) Relaciona Caná de Galilea con el Calvario y con las bodas del Cordero del Apoc: «El Evangelio nos revela cómo María ora e intercede en la fe: en Caná (cf Jn 2,1-129, la Madre de Jesús ruega a su Hijo por las necesidades de un banquete de bodas, signo de otro banquete, el de las bodas del Cordero que da su Cuerpo y su Sangre a petición de la Iglesia, su Esposa. Y en la hora de la nueva Alianza, al pie de la Cruz, María es escuchada como la Mujer, la nueva Eva, la verdadera “madre de los que viven”⁵¹. c) La Madre de Jesús es el lazo de unión de las bodas de Caná con el Calvario: «Llamada en los evangelios ‘la Madre de Jesús’ (Jn 2,1; 19,25; cf Mt 13,55), María aclamada bajo el impulso del Espíritu como ‘la madre de mi Señor’ desde antes del nacimiento de su Hijo (cf Lc 1,43)⁵². d) El Calvario nos proporciona la verdadera visión de la maternidad espiritual de María: «Jesús es el Hijo único de María. Pero la maternidad espiritual de María se extiende (cf Jn 19,26-27; Apoc 12,17) a todos los hombres a los cuales, Él vino a salvar: ‘Dio a luz al Hijo, al que Dios constituyó el mayor de muchos hermanos (Rom 8,29), es decir, de los creyentes, a cuyo nacimiento y educación colabora con amor de Madre’⁵³. e) Entre las siete últimas palabras de su oración se encuentran las palabras a su Madre: «Cuando llega la hora de cumplir el plan amoroso del Padre, Jesús deja entrever la profundidad insondable de su plegaria filial, no sólo antes de entregarse libremente (“Abbá... no mi voluntad, sino la tuya”: Lc 22,42), sino hasta en sus últimas palabras en la Cruz, donde orar y entregarse son una sola cosa: “Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen” (Lc 23,34); “Yo te ase-

49 «Lumen Gentium», 58.

50 CIC, n1 726.

51 CIC, n1 2618.

52 CIC, n1 495.

53 «Lumen Gentium», 63; CIC, 501.

guro: hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 24,43); “Mujer, ahí tienes a tu Hijo” — “Ahí tienes a tu madre” (Jn 19,26-27)»⁵⁴. f) En el comentario al Avemaría, se dice: «Pidiendo a María que ruege por nosotros, nos reconoceremos pecadores y nos dirigimos a la “Madre de la Misericordia”, a la Virgen Santísima. Nos ponemos en sus manos “ahora”, en el hoy de nuestras vidas. Y nuestra confianza se ensancha para entergarle desde ahora, “la hora de nuestra muerte”. Que esté presente en esa hora, como estuvo en la muerte en Cruz de su Hijo y que en la hora de nuestro tránsito nos acoja como madre nuestra (cf Jn 19,27) para conducirnos a su Hijo Jesús, al Paraíso»⁵⁵. g) María es la orante perfecta «figura de la Iglesia». Cuando le rezamos, nos adherimos con ella al designio del Padre, que envía a su Hijo para salvar a todos los hombres. Como el discípulo amado, acogemos (cf Jn 19,27) a la Madre de Jesús, hecha madre de todos los vivientes. Podemos orar con ella y a ella. La oración de la Iglesia está sostenida por la oración de María. La Iglesia se une a María en la esperanza»⁵⁶.

2.2.3. Nuevo principio en Mariología

La fundamentación mariológica después de las orientaciones metodológicas conciliares⁵⁷ y postconciliares⁵⁸ se apoya decisivamente en el dato bíblico, con la seguridad de que allí está la fuente primitiva de la experiencia cristiana, y de que cualquiera reactualización de la figura de María pasa por la fuente bíblica como de su raíz. Este mismo principio proclamaba a propósito el Catecismo de la Iglesia: «La presentación de la doctrina debería ser bíblica y litúrgica, exponiendo una doctrina segura y, al mismo tiempo, adaptada a la vida actual de los cristianos»⁵⁹. Se precisa una relectura de los datos bíblicos sobre María en estrecha conexión con los resultados de la Cristología, pues toda conexión bíblica conlleva que la condición humana y real de María se hace mediante una referencia constante al misterio de su Hijo. Y esto incluso en aquellos textos mariológicos que llamamos difíciles: a) Mc 3,20-35: actitud de los familiares de Jesús cuando dicen que está fuera de, y la Madre y hermano de Jesús; b) Mt 12,46-50: la Madre y los hermanos de Jesús; c) Lc 2,49: palabras de Jesús a su padre y madre: ¿por qué me buscábais?; d) Lc 11,28: la Madre de Jesús y los que escuchan la palabra; e) Jn 2,4: en las bodas de Caná, palabras de Jesús a su Madre; f) Jn 7,3-5: ni siquiera sus hermanos creían en él.

Las tres grandes arterias que vertebran cuantas noticias recibimos en el NT sobre María en relación con Jesús se resumen en las siguientes: María, Madre del Salvador; María, discípula del Señor; María, socia del Redentor.

54 CIC, n1 2605.

55 CIC, n1 2677.

56 CIC, n1 2679; cf «Lumen Gentium», 68-69.

57 Conc. Vat. II, «Optatam Totius», 16.

58 PABLO VI, «Marialis Cultus», 25-39.

59 CIC, p. 8.

Este título mariano «María socia del Redentor», «María asociada a la redención», después del Conc. Vat. II ha desplazado al título de «Corredentora», si bien en el mundo protestante, dada la concepción meramente pasiva de el hombre y de su cooperación a la salvación, causa rechazo, dado el principio por ellos mantenido «solus Christus, sola gratia».

La asociación de María a Cristo aparece desde el primer momento del acontecimiento salvífico hasta el Calvario, y se perpetúa durante los eventos pascales: existe un primer Fiat en la encarnación del Hijo de Dios, y otro Fiat en el Calvario con el que consiente al sacrificio redentor de su Hijo.

Esta situación nueva se refleja en el enfoque de la mariología desde el Conc. Vat. II en adelante: a) En la documentación conciliar se recogen los datos de la Escritura y de los Santos Padres relativos al caso donde se presenta la función de María en la economía de la salvación⁶⁰, y se subrayan las relaciones de María con Cristo, que es el único mediador⁶¹; b) R. Laurentin afirmaba: «Junto a la cruz, como en la anunciación, la actividad de María es esencialmente un consentimiento en el que están comprometidas su fe y su amor. En la encarnación, consentimiento a la vida, a aquella vida humana que ella da a su Hijo; en la redención, consentimiento a la muerte, aquella muerte humana que Cristo debía sufrir (Lc 24,46) para rescatar al mundo. Pero estos dos consentimientos no son en realidad más que un mismo y solo consentimiento: el Fiat de la anunciación (Lc 1,38), que contemplaba incondicional e irrevocablemente todo lo que habría de realizarse»⁶²; c) Según D. Bertetto se podría enunciar así el principio fundamental de la Mariología: «María santísima es activamente asociada a Cristo salvador en la obra de la salvación del género humano de modo universal, integral y totalmente dependiente»⁶³, es decir, dependiente de Cristo, único Mediador.

Esta asociación de María a Cristo es total y universal, se extiende a toda la historia de la salvación, y en la Biblia figuraría desde el Protoevangelio hasta la parusía. María, en efecto, comienza esencialmente unida a Cristo en virtud de su maternidad física, con la finalidad de la redención del hombre, y así lo reconoce el Conc. Vat. II: «Redimida de un modo eminente en atención a los méritos futuros».

2.3. En la interpretación de la liturgia

El *Stabat Mater* nace en un contexto de religiosidad popular, pero que después pasa al empleo —de forma facultativa— en la Liturgia de las Horas, y en la Liturgia de la Misa el día 15 de septiembre, fiesta de la Virgen de los Dolores. En dicho himno se recuerda todo lo que María colaboró en el Calvario a la salvación

60 «Lumen Gentium», 55-59.

61 «Lumen Gentium», 60-62.

62 R. LAURENTIN, *La Vergine Maria. Mariologia postconciliare*, Roma (Edizioni Paoline) 1983, 30 ed., p. 228.

63 D. BERTETTO, *La Mariologia oggi. Sintesi mariana attuale*, Roma (LAS) 1975, p. 30.

del hombre en compañía del Redentor: «La Madre piadosa estaba junto a la Cruz y lloraba mientras el Hijo pendía. Cuya alma triste y llorosa, *traspasada* y dolorosa, fiero cuchillo tenía... Por los pecados del mundo vio a Jesús en tan profundo tormento la dulce Madre». La liturgia de las Misas Votivas de la B.V. María celebra la obra salvífica de Cristo, y también la participación de María en ella, se conmemora la presencia de la Virgen junto a Cristo en cinco aspectos:

1) de Primicia de la redención; 2) de Madre: «madre del Señor» (Pf 3; Col. 19), «madre de Dios» (Col. 2; Entr 4 y 30); «madre del Verbo divino» (Entr. 10); «madre del Hijo de Dios» (cf Entr 7; So 10 y 19; Pf 19); «madre de Jesús» (Entr 9 y 22; So 16; Entr 39); «madre del Salvador» (Col 1); «madre del Redentor» (Pf 30 y 33; So 35); 3) De sierva: «sierva del Señor» (sierva de Yahweh, cf Lc 1,38; 1,48) [Pf 37: «tu humilde sierva puso en ti, Señor, toda su esperanza: esperó firmemente la venida del Hijo del hombre, con la fe lo concibió, y sirviendo con inmenso amor a su obra redentora, se convirtió en la nueva madre de todos los vivientes»]; 4) De compañera (socia): la Virgen es la compañera o «generosa colaboradora» («generosa socia»⁶⁴ de Cristo en la redención humana. María es «socia Christi» («por designio de la divina Providencia»⁶⁵); la misión de la Madre de Cristo pertenece a la predestinación de María la función de «compañera del Redentor» (Col 22; Pf 30). Se celebra a María como «colaboradora (socia) del autor de la nueva alianza» (Pf 20), como «compañera (socia) de la pasión» (Pf 12); 5) De discípula: por su atención a la palabra, por la prolongada convivencia con su Hijo en los años de la vida oculta (Pf 8), por su condición de mujer nueva (Pf 20), por su presencia junto a la cruz (Jn 19,25).

2.4. En la interpretación del pueblo

Para la sensibilidad del pueblo Jn 19,25-27 es, ante todo, el episodio de «la Dolorosa», puesto que Jesús es «el hombre de dolores, avezado al sufrimiento» (Is 53,3), y se muestra como aquel que traspasaron (Zac 12,10, citado por Jn 19,37); sin duda que su Madre, ha de llamarse «la mujer de dolores». María aparece al pie de la cruz, pero más bien está a los pies del Crucificado: «Estaba en pie junto a la cruz de Jesús su madre...» (Jn 19,25).

La participación de la Virgen, la Madre Dolorosa, en la pasión y muerte de Jesús su Hijo, es un acontecimiento que ha calado amplia e intensamente en la religiosidad popular, lo que se ha transformado en muy concretos ejercicios de piedad (Via crucis, Via Matris, etc.); esta vivencia se ha trasladado a las liturgias cristianas de oriente y de occidente.

64 «Lumen Gentium», 61.

65 «Lumen Gentium», 61.

Las diversas dimensiones de la piedad cristiana que se reflejan en el recuerdo de la Madre Dolorosa tienen una confluencia en el himno que nos transmite la liturgia romana, el *Stabat Mater* de Jacopone de Todi⁶⁶.

La piedad popular interpretó el dolor de la Virgen no solamente en su máxima expresividad en los acontecimientos del Calvario, sino también en los acontecimientos de la vida de su Hijo en los que la Madre de Jesús participó personalmente. El pueblo no solamente interpretó que el dolor de la Virgen estaba en la Pasión, que fue el colofón final de la obra del Redentor, sino ya desde la infancia. Quizá se pueda interpretar lo que Lc 2,50 dice a propósito de la pérdida de Jesús en el templo: «Y ellos no comprendieron la palabra que les había dicho», como una clave de muchos otros episodios de la vida de Jesús, e.d. que María tuvo que aceptar muchos episodios que la hirieron, sin comprender su último significado. Y otra clave nos la indica el mismo Lc cuando después de este episodio nos indica qué pasaba en lo profundo del corazón de María: «Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón».

La piedad popular codificó en siete sucesos dolorosos de la vida de María, la participación de la Madre en la vida del Redentor; es lo que simplemente se denomina «La Piedad» o «La Virgen Dolorosa». Ya se conoce un oratorio del año 1011 en Herford (Paderborn, Alemania) dedicado a «S. Mariae ad crucem». Pero el estudio histórico de esta veneración, especialmente el sentir de los SS. Padres de Oriente y Occidente todavía no se ha clarificado⁶⁷.

Estos siete episodios de María como Virgen Dolorosa están ligados a acontecimientos bíblicos, y en ellos está atestiguada la participación de María:

1º) Profecía de Simeón: se recuerda el viaje que Jesús y María hicieron al templo de Jerusalén para presentar allí a Jesús, a los cuarenta días del nacimiento de Jesús, y allí María escuchó de boca del anciano Simeón: «Una espada atravesará tu alma» (Lc 2,34-35). Esta espada, que ha de penetrar en el alma de María es una imagen de lo que sufrirá María; la espada es un simple símbolo del camino doloroso de María, que en la tradición cristiana del pueblo será interpretada como un signo plástico de los dolores que María, la Madre del Redentor, sufrió, y que los artistas cristianos interpretaron como siete puñales clavados en el corazón de la Virgen⁶⁸.

2º) Huída a Egipto: el camino de la fe de la Virgen se vio muy pronto marcado por nuevos sufrimientos, como fue en la huída a Egipto con Jesús y José: «Levántate, toma contigo al niño y a su madre y huye a Egipto, y estate allí hasta que yo te

66 Cf C. CARBONE, *L'inno del Dolore Mariano, Stabat Mater. Studi critico-dogmatico-litterari*, Roma (Pustet) 1911; F. Ermini, *Lo Stabat Mater e i Pianti della Vergine nella lirica del Medio Evo*, Città di Castello (Lapi) 1916.

67 Cf A. LOUIS, «Evolutio historica doctrinae de Compassione B. Mariae Virginis», *Marianum* 5 (1943) 261-285.

68 Cf A.M. LÉPICIER, *Mater Dolorosa. Notes d'histoire, de liturgie et d'iconographie sur le culte de Notre-Dame des Douleurs*, Spa (Aux Editions Servites) 1948.

diga, porque Herodes va a buscar al niño para acabar con él. Él levantándose, tomó consigo al niño y a su madre, de noche, y se refugió en Egipto» (Mt 2,13-14)⁶⁹.

3º) El Niño perdido: todavía durante la infancia de Jesús, otro nuevo suceso viene a amargar la vida de María, cuando Jesús queda en Jerusalén, para sus padres perdido, para él ocupándose en las cosas de su Padre; el dolor de María y de José no puede estar reflejado más patéticamente que en aquellas palabras de la Virgen: «y acabados los días, al volverse ellos, quedóse el niño Jesús en Jerusalén, sin que lo advirtiesen sus padres. Y creyendo ellos que él andaría en la comitiva, caminaron una jornada; y le buscaban entre los parientes y conocidos; y no hallándole, se tornaron a Jerusalén para buscarle. Y sucedió que después de tres días le hallaron en el templo, sentado en medio de los maestros, escuchándolos y haciéndoles preguntas: y se pasmaban todos los que le oían de su inteligencia y de sus respuestas. Y sus padres, al verle, quedaron atónitos; y le dijo su madre: Hijo, ¿por qué lo hiciste así con nosotros? Mira que tu padre y yo, angustiados, te andábamos buscando» (Lc 2,43-48). A. Serra⁷⁰ dice que el objeto de Lc 2,51b no se refiere solamente al episodio de Jesús en el Templo (vv. 41-51a), sino a todo el conjunto narrativo de Lc 1-2.

4º) La calle de la Amargura: también la tradición cristiana ha querido ver en el camino de Jesús hacia la cruz, en ese viaje al Calvario, ha encontrado un momento para la Madre que se encuentra con su Hijo, como se había encontrado con las mujeres (Lc 23,26-27).

5º) La Crucifixión: en el acontecimiento de la crucifixión se constata la presencia de María: «Estaban en pie junto a la cruz de Jesús su madre, María de Cleofás, hermana de su madre, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y junto a ella al discípulo que él amaba, dijo a su madre: "Mujer, he ahí a tu hijo". Luego dijo al discípulo: "He ahí a tu madre"» (Jn 19,25-27a). Lo que el Stabat Mater interpretaba así: «La Madre piadosa estaba junto a la Cruz y lloraba mientras el Hijo pendía. Cuya alma triste y llorosa, traspasada y dolorosa, fiero cuchillo tenía».

6º) El Descendimiento: la devoción popular quiso prolongar la participación de María, en la muerte redentora del Hijo recordando la acogida, en el regazo de María, de Jesús bajado de la cruz (cf Mc 15,42); se comprende que si estuvo al pie de la cruz, continuaría allí hasta el desenlace de aquel suplicio que ella estaba compartiendo con su Hijo, con el apóstol Juan y con algunas otras mujeres.

7º) La sepultura: tanto los fieles, como pintores y escultores, han pensado en la presencia de María, en el momento en el que el cuerpo exánime de Jesús es colocado en el sepulcro (cf Jn 19,40-42a).

69 Cf E. PERETTO, *Ricerche su Mt 1-2*, Roma (Marianum) 1970; A. Salas, *La infancia de Jesús (Mt 1-2), ¿historia o teología?*, Madrid (Biblia y Fe) 1976; G.M. Soares Prabhu, *The Formula Quotationis in the Infancy Narrative of Matthew*, Roma (Institute Press) 1976, 216-228.

70 A. SERRA, *Sapienza e contemplazione di Maria secondo Lc 2,19.51*, Roma (Marianum) 1982.

CONCLUSIONES

1) Los episodios de Simeón (Lc 2,33-35) y de María al pie de la cruz (Jn 19,25-27) de Jesús, y las palabras de Simeón y de Jesús, en las respectivas escenas, forman como una inclusión bíblica de dos eventos marcados por la transfixión del alma de María. La inclusión bíblica marca un comienzo y un final, pero incluye los episodios intermedios, encerrándolos y dándoles un relieve particular refiriéndoles tanto al principio como al final, lo cual indica que ambos polos, y por supuesto los eventos intermedios, están señalados por una espada que atraviesa el corazón de María en su unión a la obra redentora de Jesús.

2) Las palabras de Jesús a María y a José, sobre todo en el templo, y en la cruz a María, son dos episodios en que se siente la espada de la palabra que hiere en lo más íntimo del alma a María, precisamente porque está unida a Jesús y con él participa en único episodio de redención de los hombres; evidentemente María supeditada a Jesús, quien es el principal agente en ambos episodios.

3) En la escena de la presentación de Jesús en el templo, Lc pone en boca de Simeón una profecía: «y una espada atravesará tu alma» (Lc 2,35), supone la asociación interior de María a toda la obra salvífica de su Hijo: todo lo que se cumple en el cuerpo paciente del Hijo, se cumple también en el corazón y en el alma de su Madre.